



¿Por qué los analistas necesitan la transferencia de sus pacientes?¹

Charles Rycroft

1993

Este trabajo es una revisión y matización del trabajo de Charles Rycroft (1965, rev. 1973) “Sobre la ablación de las figuras parentales o la ilusión de haberse creado a sí mismo”. Rycroft señala que algunos analistas consiguen conservar su sentido de omnipotencia infantil gracias a la identificación proyectiva con su analista didáctico, o a una figura analítica idealizada, identificándose en un segundo momento con este contenedor idealizado de sus proyecciones y reconquistando con este método (a través de una re-introyección) su propio sentido de omnipotencia infantil.

Palabras clave: Transferencias, Narcisismo, Psicoanálisis, Figuras Parentales, Identificación Proyectiva.

This paper is a review with some new ideas of a previous one (Charles Rycroft; 1965, rev. 1973; “On the Ablation of Parental Images or the illusion to Having Created Oneself”. Rycroft points out that some analysts maintains his children’s sense of omnipotence by means of a projective identification with his training analyst, or with other idealized psychoanalytic figure, through a later identification with an idealized container of his projections, gaining with this method (through a re-introjection) his own sense of children’s omnipotence.

Key Words: Transference, Narcissism, Psychoanalysis, Parental Images, Projective Identification.

English Title: Why Analysts Needs their Patient’s Transferences?

Cita bibliográfica / Reference citation:

Rycroft, C. (2010). ¿Por qué los analistas necesitan la transferencia de sus pacientes?.

Clínica e Investigación Relacional, 4 (1): 46-52. [Original de 1993]

[[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVIStAOnline/Volumen41Febrero2010/tabid/648/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]] [ISSN 1988-2939]

Este trabajo es esencialmente un apéndice, y de cierta manera una rectificación, de un trabajo precedente (Rycroft, 1965-1973) donde mostré cómo algunas personas quieren convertirse en analistas – a veces lográndolo – para negar la realidad psíquica de sus propios padres reales y para sustituirlos con padres sucedáneos elegidos por ellos mismos. Esas personas cumplen una verdadera “ablación” hacia las imágenes de sus verdaderos padres y las sustituyen por las de los analistas de training, o de los supervisores, imaginando que su descendencia no derive de sus reales antepasados, sino de la dinastía fundada por Freud cuando dio vida al movimiento psicoanalítico.

En este trabajo señalaré que algunos analistas consiguen conservar, o volver a ganar, su sentido de omnipotencia infantil gracias a la identificación proyectiva, es decir que ellos atribuyen (por proyección) a su analista de training – o, en el caso de que él o ella no tengan ningún tipo de carisma, a otro analista que ellos veneren – su propio sentido de omnipotencia infantil, identificándose en un segundo momento con este contenedor idealizado de sus proyecciones y reconquistando con este método (a través de una re-introyección) su propio sentido de omnipotencia infantil.

Sin embargo para discutir esa idea no empezaré de los escritos de Melanie Klein y de Herbert Rosenfeld sobre la identificación proyectiva sino me atañeré a un trabajo anterior, un trabajo en el cual según afirma el mismo Rosenfeld² el concepto de identificación proyectiva apareció por primera vez en la literatura psicoanalítica. Me refiero a “Trophy and triumph” de Otto Fenichel, que fue publicado por primera vez en alemán en 1939 y en inglés en la segunda serie de su *Collected Papers* (Fenichel, 1955).

En la primera parte de ese escrito Fenichel observa que los niños conservan una firme convicción de omnipotencia mucho tiempo después de la pérdida de su personal sentido de omnipotencia, y lo pueden hacer porque consideran omnipotentes a sus padres: justo aquellas personas que han fuertemente limitado el sentido de omnipotencia del niño. En otras palabras, a la ilusión del bebé cerca de su propia omnipotencia sigue y se sustituye la ilusión que los padres sean omnipotentes. En las siguientes páginas Fenichel afirma que eso conduce inevitablemente a un intento por parte del niño de adquirir el poder del padre omnipotente intentando, por ejemplo, eliminarlo o despojándolo de su poder. «Si eso no es posible, el niño usa un método distinto: deja que este ser tan poderoso siga existiendo pero, de alguna manera, se hace él mismo partícipe de su poder, re-introyectando el poder que había anteriormente proyectado».

Aunque Fenichel entendía claramente la rivalidad “in crescendo” que el niño experimenta hacia su poderoso padre, sucesivamente afirma que el mismo mecanismo, o sea la misma “maniobra psíquica” que está describiendo, actúa en relación a Dios, a la patria, a los tiranos despóticos y a las clases reinantes opresivas. De hecho, si Dios no puede ser destruido podemos someternos a Él, porque « los que cumplen obedientemente a los mandamientos de Dios participan, de cierta manera, siempre a la gloria de Dios».

Además, en el éxtasis religiosa el místico es consciente de que Dios es infinitamente más grande que él, pero al mismo tiempo siente ser “una misma cosa” con Él. Por analogía, si es Estado, el establishment, el dictador o la clase dirigente no pueden ser derrotados, el individuo impotente puede identificarse con ellos y jactarse de sus éxitos, corriendo el riesgo de sufrir la vergüenza sus derrotas.

El hecho de que los Estados tengan familias reales o presidenciales cuyas imágenes públicas son fascinantes, el hecho de que pongas en escenas ceremonias impresionantes y – hoy en día también gracias a la televisión – muy visibles, el hecho de que posean imponentes edificios públicos pueden ser interpretados como diversas maneras con las cuales los reinantes desvían sustancialmente la potencial envidia y las posibles provocaciones de sus sometidos induciéndolos a la identificación proyectiva; de hecho, tomando parte a su gloria, a su fasto y a su *grandeur* el sujeto socialmente impotente puede considerarse omnipotente: en otras palabras, en lugar de sentirse pequeño, insignificante, humillado e envidioso él puede reconocerse orgulloso de formar parte de esa potencia, porque, como afirma Fenichel: «Un modo importante para compartir una vez más la omnipotencia perdida parece ser no la fantasía de “devorar el poderoso”, sino la de “disolverse en él”: de ser devorado *por* él. Los sentimientos narcisistas secundarios de bienestar que consiguen de ello, sentimientos en los que su propia insignificancia se siente protegida por algo infinitamente grande, [...] son justo de este tipo».

Por eso, aunque los que aspiran a ser psicoanalistas no se dejen demasiado impresionar – lo presumo y lo espero – por el poder otorgado por el rango, por el fasto o hasta por el bienestar económico, creo que ellos son sensibles al poder de las ideas, del conocimiento, de las palabras y del discurso, no pocos deben haber experimentado una vez la ambición de hacer nuevos descubrimientos y ofrecer contribuciones originales – hasta puede revolucionarias – al psicoanálisis, a esta ciencia moderna que pretende que las ideas y los discursos pueden modificar no sólo las mentes, sino también los cuerpos de las personas y que, además, posee teorías capaces de ser ultimadas no sólo para explicar y corregir el comportamiento humano, sino también para destruir las figuras del pasado que representan la autoridad. Por estas razones la teoría y la práctica del psicoanálisis aparecen a cualquier candidato analista que tenga aún fantasías infantiles de omnipotencia como un campo dentro el cual estas fantasías pueden realizarse.

Llegado a este punto, a pesar de eso encontrará algunos obstáculos. A pesar de que el psicoanálisis sea, desde un punto de vista histórico, una ciencia aún joven, el campo (el escenario) está ya ocupado por predecesores, por padres fundadores y por madres fundadoras que ya han hecho algunas reivindicaciones: “el primero” reivindicó el descubrimiento del inconsciente, del complejo edípico, de la angustia de castración y del significado de los sueños, afirmando que ha conseguido autoanalizarse con éxito; mientras que una colega, a propósito de una “pionera” muy cercana a él, ha sostenido que ella había formulado una teoría que «tiene en cuenta todas las manifestaciones psíquicas, normales y anormales, desde el nacimiento hasta la muerte, siempre conectándolas y sin dejar espacios inexplorados ni algún fenómeno importante privado de una relación comprensible con lo demás» (Riviére, 1952, p. 239).

Con tales pretensiones, tal fama y tal potencia ¿Qué puede hacer el candidato analista consagrado a la omnipotencia? Puede sin duda retirarse del campo e intentar realizar en otro lugar sus fantasías de omnipotencia, pero si su aspiración es específicamente la de ser analista, si su corazón es totalmente dominado por esa intención, como se suele decir, él

tiene un problema. No puede eliminar su analista de training (o cualquier otro analista que su poco fascinante analista idealice) o tampoco puede desafiarlo porque si lo hiciera no se consideraría como analista, pero puede dejarse disolver en él (o en ella), puede dejarse devorar por él (o por ella) tomando parte luego a su poder y a su gloria. De esa manera ha ganado el poder y la autoridad que le confiere el papel de psicoanalista, y desde ese momento puede llevar orgullosamente una bandera donde está escrito el nombre del analista que lo ha devorado y cuyas teorías ha engullido; pero no se ha convertido en el mismo, ni se ha convertido en una persona que habla con voz propia porque aún es esclavo del objeto introyectado, un objeto que lleva en si la omnipotencia que él ha había precedentemente proyectado sobre él.

Principalmente hay dos razones que me empujan a señalar que hay analistas que operan, como analistas, justo sobre la base de la identificación proyectiva. La primera es que durante los últimos años he leído muchos libros y artículos escritos por analistas y psicoterapeutas que se presentan como “post-kleinianos”, me parece que estas personas afirman cosas importantes e interesantes sobre los procesos mentales – en particular sobre la actividad imaginativa y creativa – que sin duda *no* derivan de la Klein, que además muy probablemente *no* les habría aceptado juzgándolas completamente *sin sentido*. Por ejemplo no consigo imaginarme Melanie Klein decir – como hizo Bion (1980) – que «los conceptos psicoanalíticos son bastante útiles para más o menos tres sesiones», después de eso tienden a «obscurer las impresiones a las que necesitamos exponernos»; ni consigo imaginármela suscribir la idea – recientemente propuesta por Meg Harris Williams y Margot Waddell (1991) – que el modelo psicoanalítico de la mente tenga sus orígenes en la tradición literaria. A pesar de parecer impertinente y entrometido no puedo resistirme a señalar la sensación que los autores de estos libros y artículos se están reponiendo lentamente de sus análisis (o de la de su analista) con la Klein. Ellos están hablando con su propia voz y escriben desde su experiencia personal y de sus *insight*; pero la lealtad a la Klein y los residuos de sus identificación proyectiva les obligan a llevar aún su bandera, aunque la definan “post”.

En segundo lugar, me parece que los analistas que insisten sobre la importancia central y exclusiva de la transferencia, que atribuyen a la transferencia todo lo que sus pacientes dicen y hacen y que, al fin y al cabo, consideran tanto lo que realmente ocurrió en la infancia del paciente como lo que le está pasando en la vida actual de poca o ninguna relevancia, intenten reconquistar a través de esta modalidad en su vida profesional un aspecto particular de la omnipotencia infantil: el egocentrismo de la infancia. De hecho, los niños piensan – o mejor dicho imaginan – ser el centro del mundo, no pudiendo concebir que sus padres tengan humores, intereses, preocupaciones y placeres que no se refieren en primer lugar a ellos. De la misma manera, a mi parecer, el analista que interpreta sólo y siempre en términos de transferencia no puede – o rechaza – tomar conciencia del mundo externo: es decir del mundo real objetivo donde inevitablemente sus pacientes – no diversamente de los padres del niño omnipotente y egocéntrico – viven. La recompensa por haberse sometido y rendido frente al omnipotente padre-analista sobre el cual ha proyectado su infantil omnipotencia es que el mismo a su vez puede llenar su propia vida de analizandos que ceden a él su omnipotencia y que además, como él imagina, se concentran completamente sobre su persona no diversamente de como él mismo cuando era pequeño pensaba hiciesen sus padres.

En "Trphy and Triumph" Fenichel (1939) da por descontado que los padres, los varones en particular, sean autoritarios, dogmáticos, controladores y restrictivos en sus actitudes hacia los hijos, y que los niños perciban su sumisión a la omnipotencia de los padres como algo humillante y generador de hostilidad. La identificación proyectiva hacia los padres no sería necesaria si las cosas fueran distintas; de hecho es una defensa que se necesita sólo a causa de las angustias que surgirían cuando ellos manifestasen hacia sus padres autoritarios abierta hostilidad y competición. Entonces me parece que tenga que haber un contraste en el contexto familiar donde emerge la propensión al uso de la "maniobra psíquica" de la identificación proyectiva. El niño proyecta sus ilusiones de omnipotencia sobre los padres, que sucesivamente se aprovechan de la proyección del niño para usarlo como objeto-víctima a quien pueden ofrecerse para realizar a través de eso sus fantasías de omnipotencia.

Sin embargo si los padres no se imponen sobre sus hijos, no les invaden con su visión de la realidad y no les obligan a adaptarse a sus preconcepciones sobre lo que deberían ser y cómo llegar a serlo, sino les permiten descubrirse a ellos mismos y abandonar las ilusiones de omnipotencia *pari passu* (al mismo tiempo) con el descubrimiento de sus crecientes potencialidades, ellos no tendrán necesidad de cultivar secretas fantasías de omnipotencia, ni de buscar objetos externos sobre los cuales pueden proyectarlas con vistas a una sucesiva re-introyección. (En este párrafo he utilizado deliberadamente muchas expresiones muy queridas por Winnicott. Lo que quiero decir es que una genitorialidad "suficientemente buena" debería remediar a la fuerte exigencia de los niños de perseguir la identificación proyectiva).

Creo que un problema parecido puede emerger también en el training analítico: si un candidato con fantasías de omnipotencia entre en análisis con un analista de training carismático y deseoso de fundar su propia escuela, es posible que haya lugar una conversión y adoctrinamiento por identificación proyectiva de tipo conflictivo. Si, al contrario, el analista de training no tiene tales ambiciones y se conforma con ser un analista "suficientemente bueno", el candidato puede, deseablemente, convertirse en si mismo y hablar con su propia voz.

Recuerdo, a ese propósito, que una confusión de pensamiento y un uso equivocado de la metáfora puede esconder el concepto de introyección. Según mi manera de ver, la idea que está a la base del concepto de introyección es esencialmente la que determinados objetos del mundo externo no sólo obtienen representaciones mentales, sino que además de eso estas representaciones puede volverse, a todo efecto, "reificadas" y "personificadas" asumiendo algunas funciones y algunos significados emocionales propios de los objetos externos; se piensa, además, que esta transformación de una representación mental en un objeto externo ocurra por "introyección": a través de un proceso por el cual un objeto externo es "arrojado al interior" de un espacio imaginado dentro del sujeto. En la terminología de hoy estas imágenes mentales reificadas y personificadas son llamadas "objetos interiorizados", "objetos introyectados" u "objetos internos", y se conciben como se ocupasen un lugar en el mundo interno del sujeto donde, luego, interactúan entre ellos y con su "self", con el "Yo" o con el "Yo central" (según las distintas terminologías). Es difícil decidir si el proceso de introyección tiene que ser considerado como una función de un modelo estructural de la mente, o como parte de una fantasía sobre la mente.

De todas formas, aunque la palabra "introyección" signifique literalmente "arrojar al interior" o "arrojado dentro", la metáfora que es más a menudo propuesta para representar el proceso de introyección es la de engullir o de devorar. La idea es fundamentalmente que el objeto

externo es engullido – concretamente o en fantasía – por el sujeto y sucesivamente reintegrado en su mundo interno, un mundo concebido substancialmente como una cavidad del cuerpo.

(La justificación teórica del uso de esta metáfora es la idea que los procesos introyectivos tienen lugar principalmente en la infancia y, en particular, durante la fase oral, cuando la orientación del bebé hacia los objetos externos es inducida por sus pulsiones de chupar y morder. A partir de la Klein se ha fortalecido la idea de que los fundamentos estructurales de la psique se construyen justo durante la fase oral)

Aunque esta metáfora que conecta la introyección a la ingestión por un lado tenga sus ventajas, por otro es engañosa. Cuando se chupa, cuando se muerde o cuando se engulle algo, ese algo no para nada instalado tal y como es en alguna cavidad corpórea, sino más bien es digerido; y la digestión es un proceso gracias al cual la comida es descompuesta en sus unidades constituyentes (aminoácidos, ácidos grasos, etc.), absorbido por el intestino y luego montado para componer las sustancias específicas y características que el cuerpo necesita para formarse y mantenerse (proteínas, grasos, etc.). En otras palabras, cualquier cosa que es engullida, ingerida y digerida pierde su estructura e identidad para convertirse en una parte de nosotros; no tiene sentido, de hecho, pensar que nuestro cuerpo contenga leche introyectada, o costillas de cordero. Los únicos objetos que permanecen, de manera reconocible, ellos mismos también dentro de nuestro cuerpo son los que en medicina son justamente llamados “cuerpos extraños”, los cuales son introducidos de manera traumática y con la fuerza, o han sido engullido sin querer.

Usando esta metáfora del engullir para describir la introyección, pero olvidando que a la ingestión sigue la digestión, se pierde el punto esencial.

Pienso, para resumir, que existen objetos internos que son esencialmente construcciones montadas por el sujeto que las ha digerido a partir de su asimilación de las experiencias y que se convierten, por eso, en partes del Self; y existen otros objetos internos que se quedan como cuerpos extraños porque han sido forzados dentro del sujeto y no son para nada partes del Self. Sería ventajoso poder decir que todos los “buenos objetos internos” son el resultado de digestión y asimilación por parte del Self, mientras que todos los “malos objetos internos” son análogos a cuerpos extraños forzados dentro del sujeto por presiones externas y a través de violaciones pero sospecho que las cosas no sean tan sencillas. Tiene que haber, por ejemplo, una clase de “objeto interno pseudo-buenos”, objetos que sí el individuo ha digerido y asimilado, pero lo ha hecho en perjuicio de sí mismo, como resultado – siempre en sentido metafórico – de un “nutrimento forzado”. Tales objetos pseudo-buenos probablemente forman parte del falso Self.

La misma distinción se puede aplicar también al mundo de las ideas y de las teorías. Es posible, de hecho, engullir una teoría integralmente, “bebérsela” de un trago: un proceso que implica someter el juicio crítico a una teoría idealizada; también es posible que las ideas sean forzadas en la garganta, o que seamos alimentados por ellas.

Es también posible hundir los dientes en “un sujeto” (en el otro sentido del término) y estudiarlo separándolo, a través “el leer, el aprender, y la consiguiente digestión interior que deriva de ello”. Sólo las personas que consiguen (a las que ha sido permitido) hacer eso pueden verdaderamente asimilar las ideas de los demás y al mismo tiempo siguen siendo ellas mismas y pueden hablar con su propia voz.

REFERENCIAS

- Bion W.R. (1980). *Bion in New York and Sao Paulo*. F. Bion (a cura di), Clunie Press, Perthshire.
- Fenichel O. (1939). "Trophy and triumph". In: *Collected Papers*, second series. Routledge, London, 1955.
- Klein M. (1946) "Notes on some schizoid mechanisms". *Int. J. Psycho-Anal.*, 27, 99-110.
- Klein M., Heimann P., Isaacs S. e Riviere J. (a cura di) (1952). *Developments in Psycho-Analysis*. Hogarth Press, London.
- Klein M., Heimann P. e Money-Kyrle R. (a cura di) (1955). *New Directions in Psychoanalysis*. Tavistock, London.
- Riviere J. (1952). "General introduction". In: Klein M., Heimann P., Isaacs S. e Riviere J. (ed.), 1952 *Developments in Psycho-Analysis*.
- Rycroft C. (1965-1973). "On ablation of the parental images, or the illusion of having created oneself". In: *Psychoanalysis and Beyond*. Hogarth Press, London 1985.
- Spurling L. (ed.) (1993). *From the Words of My Mouth*. Tavistock/Routledge, London.
- Williams M.H. e Waddell M. (1991). *The Chamber of Maiden Thought*. Tavistock/Routledge, London.
- Winnicott D.W. (1971). *Playing and Reality*. Tavistock, London.

NOTAS

¹ Traducción castellana de Danilo Magistrali a partir de la edición italiana, preparada por Gabriele Cassullo, del trabajo: Rycroft, C. (1993). Why Analysts Needs their Patient's Transferences. *British Journal of Psychotherapy*, 10 (1): 83-87. (© Charles Rycroft, 1993). Traducido y publicado con autorización de los propietarios de los derechos: PFD (www.pfd.co.uk) en representación de los herederos de Charles Rycroft.

²Tengo que admitir que no he sido capaz de encontrar esta frase de Rosenfeld en una publicación suya, pero recuerdo claramente habérsela escuchado pronunciar; creo en ocasión de un encuentro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis alrededor de los finales de los años cuarenta o de los primeros años cincuenta (una intervención oral no siempre coincide con su forma escrita) . De todas formas, quien quiera aclarar quién fue el primero que haya descrito el proceso de identificación proyectiva y quién por primero lo haya llamado de esa manera debería estudiar las notas a pie de página de *Nuevas tendencias del psicoanálisis* (Klein *et al.*, 1955): de hecho la frase en cuestión no aparece en la primera edición de "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (Klein, 1946) pero aparece en la edición publicada en *Developments in Psycho-Analysis* (Klein *et al.*, 1952).